

[21]

## EL PUEBLO DE DIOS SEGÚN EL NUEVO TESTAMENTO

*Miguel Balagué*

*En la historia de las instituciones existentes en la humanidad hay una que descuella por su antigüedad, universalidad, vigor y constitución interna. Es la Iglesia, instituida por Jesucristo hace 2000 años. ¿Cuáles son sus rasgos esenciales? ¿En qué relaciones está con el antiguo pueblo de Israel? Por de pronto téngase presente que la Iglesia es considerada en el Nuevo Testamento como el nuevo pueblo de Dios. El Padre Balagué, en este artículo, describe ulteriormente los elementos fundamentales de la imagen bíblica de la Iglesia.*

### **1.Elementos constitutivos**

Para mejor ver el paralelismo entre el pueblo de Dios antiguo y el nuevo, resumimos los elementos constitutivos de aquél para luego verlos cumplidos ampliamente y espiritualizados en el nuevo. Así apreciaremos las semejanzas y diferencias existentes entre ambos y cómo aquéllos eran las figuras de las realidades presentes.

a) *La elección.* Se podrá discutir sobre cómo Dios llamó a Abraham para comenzar a formar con él un gran pueblo; pero que el patriarca tuvo una experiencia de tal llamada no se puede dudar, puesto que el hecho de que un hombre descendiente de una familia y de una patria politeísta (Gén 31,19-39; Jos 24,15; Jd 5,7) se convirtiera de buenas a primeras en un nómada monólatra del verdadero Dios, pese a vagar siempre entre pueblos idólatras, no tiene explicación humana.

Cosa semejante podemos decir de la formación del pueblo de Dios y de su salida de Egipto, de cómo los sacó Dios y de la naturaleza de los prodigios del Éxodo; pero siempre será un misterio, sin una intervención sobrenatural de Dios, que un pueblo amalgamado y mezclado con otro idólatra, de repente se haga monoteísta y servidor únicamente de Yavé.

A. estos prodigios acudirán siempre los enviados y los hagiógrafos posteriores para recordarle a Israel los favores recibidos de Dios, desde los orígenes de su historia (Ex 6,6; 13,3; Dt 6,2-22; Sal 135,12 etc.): Su recuerdo será el argumento de la profesión de fe de Israel en Yavé, su Dios Salvador, en los momentos más

[22] solemnes de su vida, al presentar sus ofrendas en el santuario (Dt 26,5-9).

En la elección del nuevo pueblo de Dios las cosas se presentan con mayor claridad, conservando un cierto paralelismo con la antigua. Así como Dios permitió el politeísmo universal antes de la llamada de Abraham para enseñarle su carácter totalmente gratuito, de igual modo, antes de la formación del nuevo pueblo, como dice San Pablo, *Dios nos encerró a todos en la incredulidad para compadecerse de todos* (Rom 11,32).

Si Dios llamó y sacó a Abraham y a su pueblo de Ur y de Egipto respectivamente, mediante acontecimientos históricos, en NT Dios mismo en persona vino a formar y redimir al nuevo pueblo, arrancándole de la peor esclavitud del pecado. El hecho histórico de la presencia de Jesucristo en Palestina no se puede negar hoy día por los documentos escritos a partir de la generación que lo conoció, evangelios, papiros, códices y testimonios de autores profanos y cristianos.

De la revelación de la Encarnación y Redención tampoco se puede dudar con fundamento por la experiencia intensamente vivida, que tuvieron los apóstoles y creyentes en Pentecostés y en las efusiones subsiguientes del mismo Espíritu, en forma sensible, comprobada por los carismáticos de ambas Iglesias, palestinés y paulina. De no admitirse estas realidades quedará siempre el enigma inexplicable de la transformación, que sufrieron aquellos primeros discípulos cobardes, ignorantes y rudos judíos, aferrados a sus tradiciones y aspiraciones temporales, en excelentes predicadores y organizadores de la nueva religión, y en héroes capaces de divinizar a Jesucristo, único caso la historia de las apoteosis, y de dar su vida por Él. Y todo sin ejércitos ni elementos humanos.

Son muchos los textos que hablan de esta nuestra elección. Nos contentamos con citar algunos:

Mientras éramos niños vivíamos en servidumbre, bajo los elementos del mundo. Mas al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley para que recibiéramos la adopción de hijos de Dios (Gal 4,3-5).

Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuéramos santos e inmaculados ante Él, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia (Ef 1,3-6).

[23]

b) *La alianza*. Esta era el juramento o la ratificación solemne de la elección y, como tal, polarizaba toda la vida del pueblo antiguo en sus relaciones con Dios, pues era premiado o castigado según la cumpliera o no. Esta alianza se ratificó con Abraham y solemnemente con Israel, en el Sinaí, mediante sacrificios (cf. Gen 15,1-21; Ex 24,4-8).

La nueva alianza se contrajo y realizó en los montes Sión y Calvario, pero no con sacrificios y sangre de animales, sino con la sangre divina de Jesucristo. Y para que los discípulos entendieran mejor esta renovación y el significado del sacrificio de la cruz, empleó Jesús en el cenáculo las mismas palabras con que Moisés ratificó, en nombre de Yavé, la alianza antigua:

<i>Moisés</i>	<i>Jesús</i>
Esta es la sangre de la alianza que hace Yavé con vosotros. (Ex 24,8)	Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada. (Lc 22,20)

El sentido literal auténtico de estas palabras consagradorias se deduce precisamente de la íntima relación de ambas alianzas, de la veracidad de los sacrificios con que se inauguraron y sellaron y de la participación real del pueblo en ambos sacrificios. Así lo ha entendido la tradición cristiana a partir de los mismos discípulos de Jesús, como se echa de ver en la siguiente frase paulina: *El cáliz de bendición, que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan, que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?* (1Cor 10,16).

La diferencia esencial está, como dice la epístola a los Hebreos, en que los sacrificios de la antigua alianza debían ser repetidos, a causa de su ineficacia y en que los sacerdotes oferentes eran muchos porque no eran eternos; mientras que en la Nueva Alianza hay un solo sacerdote eterno, que ofreció su propio sacrificio una vez y.. para siempre (7,23-28; 9; 10,11-14), sellando así una alianza perenne entre Dios y su nuevo pueblo.

c) *La ley*. No era más que la voluntad de Dios, manifestada principalmente por el decálogo, cuyo cumplimiento era indispensable para ser fieles a la alianza: *Si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos...* (Ex 19,5). Y la voz del Señor fue el decálogo que sigue a continuación de la teofanía sinaítica (Ex 20), más las otras prescripciones del libro de la alianza, como se ha llamado a los capítulos siguientes 21-23. Luego se contrae la alianza (24), pero antes se recuerda otra vez:

[24]

Vino, pues, Moisés y transmitió al pueblo todas las palabras de Yavé y sus leyes y el pueblo a una voz respondió: “Todo cuanto ha dicho Yavé lo cumpliremos”. Escribió Moisés todas las palabras de Yavé... Tomando después el libro de la alianza, se lo leyó al pueblo, que respondió: “Todo cuanto dice Yavé lo cumpliremos y obedeceremos”... Esta es la sangre de la alianza que hace con vosotros Yavé sobre todos estos preceptos (Ex 24,3-8).

Al respecto se expresa también con mucha claridad la redacción deuteronomica, p. ej., en Dt 5-6.

También al nuevo pueblo de Dios se le dio una nueva ley: la del amor. En su vida de predicación Jesús contestó al letrado que un día le preguntó cuál era el mayor precepto de la ley: el amor a Dios y al prójimo. *De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas* (Mt. 22,36-40). Y hacia el fin de su vida dirá Jesús: *Os doy un nuevo mandamiento, que os améis los unos a los otros* (Jn 13,33s; 15,12.17).

Esta ley la dio Jesús de palabra en la intimidad del cenáculo a sus discípulos; en el Calvario la puso él mismo por obra; y en Pentecostés, que fue el Sinaí del nuevo pueblo, se publicó solemnemente a todo el mundo, en forma sensible y eficaz, más que en el Sinaí, mediante la efusión del Espíritu Santo: *La caridad de Dios luz sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado* (Rom 5,5). [Para las semejanzas entre el Pentecostés sinaítico y el cristiano, véase nuestra obra *Historia de la Salvación*. Madrid, Ed. Paulinas 1968].

*d) La circuncisión.* Era la señal sensible de la alianza, con la cual el israelita era agregado al pueblo de Dios y se hacía heredero de las promesas (Gén 17,9-14). Los profetas comenzaron a espiritualizarla, predicando la circuncisión de los corazones, origen de las malas obras (Jer 4,4; Ez 44,7-9; Dt 10,12-22).

El NT la espiritualiza desde el principio, aunque Jesús se sometió a ella, quitándole todo valor y eximiendo de ella a los gentiles que se convertían (Act 15,6-31). Fue sustituida por el bautismo del cual era símbolo (Rom 2,25-29; Col 2,11-15 etc.).

## **2. Elementos particularistas del antiguo pueblo.**

Por las circunstancias históricas en que surgió Israel, se le impusieron ciertas restricciones para que más fácilmente pudiera conservarse monoteísta en un mundo politeísta. Por eso escogió Dios a Abraham, separándolo de su tierra y de su familia, para hacer de su descendencia la raza de los hebreos, a quienes,

[25] a diferencia de su patriarca nómada, les dio una tierra, la de Canaán, cuando fueron suficientemente numerosos como para que vivieran aislados de los otros pueblos idólatras. Expulsados los cananeos, se quedaron con su tierra y con su lengua (Is 19, 18), en la cual Dios les habló y le inspiró su Palabra escrita. A esto se añadió la unidad del culto al único y verdadero Dios; y que, para asegurarlo mejor, se le añadió la unidad absoluta del lugar del culto, el templo de Jerusalén. Todos estos elementos se conservaron celosamente hasta la venida de Jesucristo, a pesar del paréntesis de la dispersión babilónica.

### 3. Universalismo del nuevo pueblo

El nuevo pueblo de Dios, aunque oriundo antiguo, más dócil sin embargo a la inspiración del Espíritu Santo, se desprendió pronto de estos elementos particularistas y entendió mejor las promesas que desde su origen incluían el elemento universal de la catolicidad: *En ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra* (Gen. 12,3). La predicación profética respiraba el mismo ideal: *Y sucederá en los últimos tiempos que el monte de la casa de Yavé será consolidado por cabeza de los montes..., y se apresurarán a él todas las naciones...* (Is 2,2). Otros numerosos pasajes de los profetas y de los salmos hablan de la conversión de los gentiles a Yavé, de la pacificación universal y del reinado universal de Yavé: *Y reinará Yavé sobre la tierra toda y Yavé será único y único su nombre* (Zac 14,9; Is 24,23; Sal 78, etc.).

Desde el principio del NT aparece esta nota de la universalidad del nuevo pueblo. Los ángeles anuncian a los pastores el nacimiento del Salvador con caracteres universales: *Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor* (Lc 2,14). Y el anciano Simeón acentúa todavía más la nota de la catolicidad en su cántico:

Pues mis ojos han visto tu salvación  
la que has preparado ante la faz de todos los pueblos.  
Luz para iluminación de los gentiles... (Lc 2,30-32).

La predicación de Jesús sobre su reino, encarnado en la Iglesia, nuevo pueblo, lo describe como una prolongación de sí mismo, en la alegoría de la vid (Jn 15,1-11); como rebaño universal (Jn 10,11-16); como un reino espiritual que no es de este mundo ni como los de aquí abajo (Jn 18,36s); como un reino universal y definitivo, pues manda a sus discípulos a predicarlo a todas las gentes (Mt 24,14; 25,31-46 etc.). Y su muerte fue para reunir en uno a todos los hijos de Dios disgregados por el pecado (Jn 11,52; 12,32).

[26]

#### 4. Características

El nuevo pueblo de Dios es espiritual (Mt 22,4-14); es interior, invisible y santo por la gracia, pero también exterior, social y visible en la Iglesia; es fuente de bendición para todos los pueblos. Se entra en él por el Bautismo y se permanece por la Eucaristía. Se consumará en la eternidad.

#### 5. Unión de ambos pueblos

Para mejor discernir la unión de ambos pueblos y la continuación que es el segundo del primero, es menester partir del doble hecho constatado por San Pablo: a) que las antiguas instituciones fueron ineficaces para llevar al hombre a la perfección (Heb 7,19, 9,9; 10,1); b) y que todo lo antiguo era figura y preparación de lo nuevo (1 Cor 10,6).

Por lo mismo, para que la relación resaltara más, los hagiógrafos neotestamentarios han aplicado al nuevo pueblo de Dios los epítetos del antiguo. Así San Pablo que llama al nuevo pueblo "Israel de Dios" y que hasta retrotrae su origen hasta la promesa hecha a Abraham: Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Por tanto, si vosotros sois de Cristo, sois linaje de Abraham, herederos según la promesa (Gal 3,28s). De igual modo procede San Mateo al empezar la genealogía de Jesús, padre del nuevo pueblo, con Abraham, padre de los creyentes (Mt 1,1), que son los auténticos descendientes del patriarca y los herederos de la promesa (Rom 9,6ss). En cambio San Lucas, más universalista, hace ascender la genealogía de Jesús hasta Adán y Dios (3,23-38), para enseñar que Jesús es el nuevo Adán y que toda la humanidad, o sea ambos pueblos, empiezan y terminan con Dios. Por esto, el NT aplica al nuevo pueblo lo que Dios dijo al antiguo, recién formado en el Sinaí: *Yo pondré mi morada en medio de vosotros y habitaré con vosotros... Vosotros seréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios* (Ex 19,5s; Lev 26,12 y 2 Cor 6,16; Heb 8,10; Apoc 21,3). Pero, el que más concreta y claramente insiste en las relaciones de ambos pueblos, es San Pedro en el texto de una antigua catequesis bautismal (1 Pe 2,5-10):

Acercándose al Señor (Sal 34,6) como a piedra viva rechazada por los hombres, pero por Dios escogida, preciosa (Sal 118-22; Is 28,16).

Vosotros como piedras vivas sois edificados en casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por Jesucristo (Is 61,6). Por

[27] lo cual se contiene en la Escritura: He aquí que Yo pongo en Sión una piedra angular, escogida, preciosa, y el que creyere en ella no será confundido (Is 28,16).

Así como Isaías, con esta imagen de la piedra angular, expresaba la protección divina sobre Israel, San Pedro lo hace para significar la de Jesucristo sobre la Iglesia. La piedra angular era símbolo del Mesías para los judíos.

Por último después de este texto de San Pedro hay que citar otro del gran apóstol San Pablo, que define admirablemente la estructura del nuevo pueblo (Ef 4,1-6):

Sólo hay un cuerpo [la Iglesia, la humanidad entera destinada a ser elevada] y un Espíritu, como también una sola esperanza, la de nuestra vocación [a la santidad presente y a la gloria futura]. Sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos y que está sobre todos.